

cracia, nadie le seguía; estaba también solo, también abandonado. Mas el tiempo, en el cual reside la lógica eterna de la historia, demostró que esa doble descomposición no provenía del capricho de los hombres, sino de las necesidades de los tiempos. Y hoy la idea de Cortina es poder, y se llama union liberal. Y hoy la idea de Orense está organizada en un gran partido, y se llama democracia. Pos-tráos ante la Providencia, que se revela con luz tan clara y tan divina en nuestra misma historia.

Pero entre estos hombres ha quedado una fracción que no tiene razón de ser, que no tiene razón alguna de existencia: el partido progresista puro. Este partido no puede progresar con sus ideas de hoy, porque á los partidos medios les falta tiempo para conservarse, y no piensan en progresar. Este partido ó se suicida ó se convierte á la democracia. No tiene más remedio. Si cree que de la union liberal le separan solo cuestiones de cantidad y no de calidad de principios, debe irse á la union liberal. Pero si cree que necesita progresar, debe trasformarse en partido democrático. Vosotros, los que creis en la libertad, mirad que solo la democracia puede dar de sí la verdadera libertad: vosotros, los que amais la igualdad, mirad que solo la democracia puede realizar la igualdad política; vosotros, que amais el progreso, acordáos de que hoy la democracia es la FÓRMULA DEL PROGRESO.

VIII.

El progreso es nuestra creencia, nuestra fé. El progreso es, como ha dicho con razón un gran escritor, la fé del siglo XIX, la gran creencia de todos sus hijos. Do quier convirtamos los ojos, hallaremos las señales manifiestas de las huellas que ha dejado esa idea divina en la conciencia y en el espacio. Sea cualquiera la página de la historia que abramos, allí estará viva, vigorosa, como el aliento de todas las generaciones, como el espíritu de todos los siglos.

En las capas de la tierra, en esas grandes lápidas, donde el Creador ha dejado escritas con caracteres indelebles las séries de trasformaciones que ha sufrido el globo, se ve claro, manifiesto el progreso, que sube desde los séres inferiores, últimos eslabones de la cadena zoológica, hasta el hombre, cuya organización y cuya inteligencia es como el anillo nupcial de Dios con la naturaleza.

En la historia el progreso es claro, es palpable; el pária antiguo, maldecido de Dios y de los hombres, sin familia donde esplayar el corazón, sin un asilo en la tierra, más dura para él que para los brutos, á los que nunca niega una madriguera; sin esperanza, porque hasta el cielo era como de bronce á sus clamores; encorbado eternamente bajo el duro peso de su trabajo, arrastrándose en el polvo, atormentado por los eslabones de su eterna cadena, que iba dejando caer como un castigo, de generacion en generacion, sobre la frente de sus hijos; el pária antiguo, decia, despues de haberse arrastrado por la Persia, la Fenicia, el mundo asiático; despues de haber dormido en la gemmonía romana; despues de haber guardado el castillo feudal, y haberlo enriquecido con el sudor de su frente, y mantenido con la fuerza de sus brazos: despues de este largo penosísimo martirio, en que cada dia era para el infeliz como un sorbo de hiel; hoy, merced al progreso, es ciudadano, tiene la propiedad de su trabajo, el amor de su familia, puede por su esfuerzo engrandecerse sin manchilla, vive vida activa y libre, y no tardará mucho en alcanzar la totalidad de su sér, porque no ha de tardar mucho tiempo en conseguir la plenitud de su derecho, que le ha decretado el Eterno, que le reconoce ya la conciencia universal del linaje humano.

Y no hay que engañarse, la historia del progreso es la historia de la libertad del hombre, y la historia

de la libertad es toda la historia humana. Buscad el hombre primitivo allá en su cuna, y apenas lo encontrareis, ú os parecerá como una piedra perdida en el monte, como una hoja perdida en el bosque. Más tarde, por las llanuras del Asia, se levanta una nube de polvo; es el hombre que pasa del estado contemplativo al estado guerrero, de la inocencia á la primera juventud. Luego los bosques crugen heridos por el hacha, las plantas machacadas se deshilian en fibras, se urden nuevamente en telas; es que el hombre se ha lanzado al mar, y quiere abrazar en su seno palpitante de amor toda la tierra. Y como el amor es la vida, como el amor es el soplo divino que todo lo fecunda; entre las riberas del Mediterraneo, más luciente que la primer estrella de la tarde, se levanta Grecia, coronada de mirtos y de rosas, destilando la miel de la inspiracion, rodeada de genios, como el florido arbusto en primavera de blancas mariposas; y en su regazo blando y amoroso calienta la primer aparicion de la libertad en la historia.

Pero esa libertad antigua, que si no era toda la libertad del hombre, era al menos la libertad social, la libertad de ese individuo superior que se llama *Estado*, será conducida en los carros guerreros de Roma por la tierra; y para servirla, brotarán soldados las ciudades, lanzas los campos; y el mundo entero, trasformado por una lucha tremenda, perderá sus antiguas manchas; y las naciones, como meta-

les fundidos al calor de la guerra, irán á perderse en el crisol de la ciudad eterna, para formar el cuerpo, la organizacion de una nueva humanidad.

Pero esta humanidad necesita un alma que la anime, que le dé vida, y esa alma viene del cielo. En lo alto de un monte del Asia, á la luz rojiza del relámpago, estremecida de terror la tierra, el Hijo del hombre exhala su último suspiro, y en él va envuelta la nueva idea, que va á unir todos los espíritus en la humanidad, y la humanidad en Dios; idea de libertad, de igualdad, que va á prestar nueva vida al hombre y magestuoso impulso á la corriente de los siglos.

Pero el cuerpo antiguo, la organizacion antigua, el mundo antiguo es muy estrecho para contener la hirviente alma de la nueva civilizacion, y Roma se quiebra, y cae hecho pedazos su colosal poder, y se abre el polo, y de su oscuro seno salen nuevos actores de la historia, nuevos hombres, tribus indómitas y bárbaras, que abrasan todo lo que se ha corrompido en la tierra, para que no infeste los aires, y se postran ante los desarmados apóstoles de la nueva religion, que es el alma de la libertad, como los bárbaros son su formidable espada. En este doloroso tránsito de un mundo á otro mundo, parecia que el hombre y la libertad iban á morir anegados en un gran diluvio; pero Dios arrojó roca sobre roca en el mundo; los castillos feudales para salvar el cuerpo de la civilizacion, los monasterios para salvar el

alma de la civilizacion, y el mundo siguió, aunque combatido, por la carrera triunfal del progreso en pos de la libertad. Pero allí, en las profundas entrañas de la sociedad, como seres sin vida, como cuerpos sin alma, privados de toda luz, de toda verdad, yacian los eternos mártires de la historia, los hijos del pueblo: la idea de progreso, que nunca se eclipsa, descendió sobre la frente de tantos infelices, calentó sus sienes, les infundió una vaga idea de derecho, y alentados de esta suerte, fundaron el municipio, como una choza donde pudieran salvar de los rayos de los señores feudales los sagrados penates de su primera libertad.

El privilegio, que era la base del castillo feudal y del municipio y de la ciencia y del arte mismo en toda la Edad Media, debia romperse para que el mundo caminara á la igualdad, que es como el fundamento de la libertad. Y los reyes quebrantaron el castillo feudal, y los filósofos destruyeron las antiguas escuelas, y el espíritu de igualdad dispersó los gremios, y del seno de tantos organismos rotos se levantó más pura, más libre la personalidad humana. Mas el gran elemento, el gran poder que habia destrozado las organizaciones varias de la Edad Media, fué la monarquía; y la monarquía cobró un poder desmedido, llamando á sí toda la vida social, reuniéndola en su seno como en el centro de toda actividad, y queriendo sustituir su poder absoluto á la voluntad, á la razon y á la conciencia del hombre.

Entonces el mundo presenció un espectáculo nunca visto en los anales de la humanidad. Los filósofos esclarecieron la conciencia humana, grabando en ella la idea de libertad. Los grandes naturalistas libertaron al hombre de las preocupaciones y temores que lo atormentaban, interpretándole los secretos de la creación y alejando de su camino las sombras. Los artistas buscaron los árboles de Marathon y de Platea para cortar sus lirás y derramar en el corazón de los pueblos el viril sentimiento de libertad. La industria misma forjó armas contra los poderosos, corazas para los débiles. Los descubrimientos de la imprenta, de la brújula, del péndulo, del telescopio, de tantos y tantos secretos, que son innumerables, multiplicaron los sentidos del hombre, encendieron en su mente el fuego sagrado de la ciencia, lo arrebataron de este mundo, y lo abismaron en ese inmenso cielo, donde ruedan en concertada y nunca interrumpida armonía maravillosos mundos, que muestran en su luz la rica florescencia de la vida. Y como consecuencia de este gran movimiento filosófico, artístico, científico, industrial, que provenía del renacimiento, debía venir también un movimiento político, y llegó, y el año de 1789 presenció la declaración de los derechos del hombre, corona centelleante de la libertad, victoria del hombre sobre todas las resistencias que se habían opuesto á su triunfal carrera.

Pues bien, recorriendo con los ojos del alma este

largo calvario, ¿qué se encuentra? El camino incesante del hombre hacia la libertad. Pero decid, progresistas, ¿la humanidad ha seguido este camino sin fé y sin conciencia? ¿La humanidad no ha tenido hacia el progreso nada más que un instinto ciego? ¿La humanidad, para caminar hacia adelante, no ha puesto sus ojos nunca en una idea, en una institución, en un hombre, como el centro de sus aspiraciones y de sus esperanzas? ¿La humanidad, en una palabra, no ha tenido nunca una fórmula de progreso? Yo no veo progreso sin fórmula de progreso; yo no lo veo en la historia, nunca, por más que abismo mis ojos hasta donde se extienden los últimos límites del tiempo y del espacio. El sacerdote que convertía los pueblos nómadas en repúblicas ó monarquías teocráticas, les daba un código, una fórmula de progreso, como el divino Moisés á los hebreos, como el ardiente Mahoma á los árabes. El legislador que deseaba civilizar las antiguas repúblicas, regularizarlas, escribía al frente de su obra un ideal á que se ajustaban los pueblos, como Solon escribió sus códigos, como Servio Tulio sus constituciones plebeyas, como César escribía con la punta de su espada los decretos sociales que cambiaban el ser de Roma y abrían los anchos surcos donde iban á extenderse los fundamentos incontrastables del imperio.

Sin necesidad de extendernos por la historia antigua, leed nuestra misma historia, mirad nuestra

misma civilizacion. Desde el siglo V, en que vienen sobre nosotros los bárbaros del Norte, hasta el siglo VIII, en que vienen los bárbaros del Mediodía, la fórmula del progreso político está en la Iglesia. Por eso al pié de la Iglesia van los reyes á depositar su cetro y los guerreros á deponer su espada; por eso los pueblos se agolpan á sus puertas, pidiéndole con grandes clamores leyes; por eso flotan sobre todos los códigos de aquella edad la palabra y el espíritu de la Iglesia, que educa los bárbaros, y unge su frente con el óleo del cristianismo, y ciñe á sus sienas la despedazada corona del antiguo imperio. Desde el siglo VIII hasta el siglo X, la fórmula del progreso es la fuerza, es la guerra, es la victoria sobre los bárbaros. El señor feudal escribirá con la punta de su lanza, sobre su rodilla cubierta de acero, las cartas señoriales que arrojará al pueblo como los restos de su festin á los perros, y el señor feudal, que es el más fuerte, el más guerrero, será tambien el más poderoso. Desde el siglo X hasta el XIII, la fórmula del progreso está en el municipio, en las cartas pueblas. Y el municipio llena toda la historia. Protege como el árbol pátrio el sueño de los pueblos, hace propietarios á los humildes, arranca el suelo de las garras del águila feudal, da una lanza al pechero, consagra su vivienda como un santuario, lo levanta del polvo; y despues de obrar todas estas maravillas, entra en las Córtes, eclipsa todas las órdenes del Estado y presta su vida al dere-

cho. Desde el siglo XIII hasta el siglo XVI, la fórmula del progreso está en los reyes, que escriben las Partidas para realizar la unidad legislativa, y precipitan en el polvo á la nobleza para realizar la unidad social, y unen unas provincias con otras provincias, unos pueblos con otros pueblos, unos reinos con otros reinos, para realizar la unidad política.

Despues de esto, la fórmula del progreso es compleja, y la resume la filosofía: Descartes, que proclama la independendencia de la razon humana; Kant, que enseña los límites del derecho; Rousseau, que despierta la conciencia de su personalidad en los pueblos; Fenelon mismo, que en su lenguaje divino encierra el presentimiento de la revolucion; Cárlos III, Pombal, José II, que van extendiendo las atribuciones políticas del poder civil sobre el poder religioso; todos los poetas que avivan el sentido de lo humano en el hombre, hasta que en un dia tremendo, pero grande, la fórmula del progreso aparece entre rayos en la Asamblea Constituyente, que dió las tablas de su derecho á los pueblos.

Ahora bien, decidme, progresistas, decidme, ¿creeis que todo progreso lleva á la libertad? Sí. ¿Creeis que todo progreso tiene su fórmula? Sí. Pues entonces, decid, ¿cuál es hoy la fórmula del progreso? La Constitucion de 1856, decís, esa Constitucion que llevais muerta en vuestras entrañas, y que ha de producir vuestra muerte, pues el feto corrompido cancera siempre las entrañas de su madre. Pe-

ro examinemos bien esa Constitucion, que llamais vuestra fórmula de progreso, y veremos que no corresponde al espíritu de nuestra época. La Constitucion de 1856, tantas veces encomiada por los progresistas, se resiente de la falta de unidad y de la incertidumbre de las Constituyentes. Ninguna época ha sido tan contraria á la formacion de una ley fundamental, como la época de 1854. Los partidos estaban disueltos, y la disolucion de los partidos debia alcanzar á los legisladores, y la disolucion ó la anarquía de ideas de los legisladores forzosamente habia de alcanzar á su obra. No existia aquella homogeneidad de sentimientos que existia en la totalidad de los legisladores de Cádiz; no habia tampoco un ideal doctrinario dó convertir los ojos, como en 1837, como en 1845. La Asamblea era una Asamblea disorde, indisciplinada, llena de fé y de entusiasmo, pero que en sus grandes y supremas determinaciones se dejaba llevar de la impresion del momento, que pasa, más bien que de la eterna idea que corre perenne en el fondo de todos los hechos. Cuatro grandes fracciones pusieron su mano en esa obra, que debia, como la Torre de Babel, confundir á sus mismos arquitectos: la fraccion doctrinaria conservadora, representada por Rios Rosas; la fraccion doctrinaria progresista, representada por Olózaga, fiel á las tradiciones de 1837; la fraccion progresista-democrática, que representaban en la comision los Sres. Valera y Lasala; y la fraccion de-

mocrática pura, compuesta de notabilísimos diputados, amigos míos muy queridos, cuyos nombres, universalmente respetados, son uno de los más bellos ornamentos de aquellas indescifrables y enigmáticas Córtes.

La Constitucion se resentia de este fraccionamiento; Rios Rosas habia logrado fortificar el poder real dándole todos sus atributos, y en esto la Constitucion era esencialmente doctrinaria ó moderada; Olózaga habia llevado á ella dos Cámaras electivas, y en esto la Constitucion era fiel al pensamiento de 1837; Valera y Lasala habian logrado que las Córtes no pudieran ser arbitrariamente disueltas, que estuviesen reunidas en plazo fijo, y despues de disueltas dejaran una comision permanente, y en esto la Constitucion seguia un nuevo rumbo, una nueva estrella, el Código de 1812: Figueras, con su elocuencia apasionada y sentimental y bella, habia conseguido que, para aspirar á los mas altos destinos de palacio, no fuera necesario ningun título nobiliario, ninguna distincion de clase y categoría, y en esto el código de 1856 era democrático: de suerte que esa Constitucion, confusa, indescifrable, que por un lado tocaba en los linderos del absolutismo y por otro en las fronteras de la democracia; que no admitia distinciones de clases, y sancionaba una especie de aristocracia débil y tornadiza en su segunda Cámara; que proclamaba el derecho de todos, y ponía á su lado el censo, el oro como precio del

derecho; obra sin unidad, sin armonía, sin sistema, debía venirse pronto á tierra, falta de una idea sistemática, único fundamento que hace imperecederas las obras de los hombres, siendo como la fuerte roca que resiste serena al continuo oleaje de los siglos.

Ahora bien, progresistas, ¿podeis admitir como fórmula de progreso vuestra Constitucion, confusa, anárquica, indescifrable? ¿Creeis que el desorden puede dar nunca el orden, que el caos puede engendrar la luz? La luz viene de Dios, y Dios es unidad, totalidad, armonía; y las ideas para ser grandes, y las obras para ser duraderas, dentro de sus condiciones limitadas, han de parecerse como el hombre á Dios. Los pueblos no se apasionan nunca de esos Códigos que encierran tantas discordancias. Las ideas malas aun en una obra buena todo lo corrompen, como la fruta podrida corrompe la fruta sana, y nunca la fruta sana cura á la podrida cuando están mezcladas. Vuestra Constitucion podrá ser una bandera de guerra, y nada mas; pero mirad que es muy triste mostrar á los pueblos una bandera en el dia de la lucha y otra bandera en el dia de la victoria, porque de esos cambios viene el descreimiento que hoy corroe el corazon de vuestro desgraciado partido, grande en su nacimiento y pequeño en la hora de su muerte.

¿Teneis, por ventura, miedo á la muerte? Pues qué, ¿no es una nueva vida lo que os ofrece la de-

mocracia? Es la sávia del árbol joven; es la sangre del cuerpo niño; es el sentimiento de la juventud animando un corazon gastado; es la flor que brota en la rama seca de un árbol añoso. La hora de vuestra muerte ha sonado, porque esta es la hora de todos los partidos medios. Es en vano que os refugieis en la Constitucion del 37, ó en la Constitucion del 56; de todas os arroja ese ministro de Dios, que se llama el tiempo. Tambien los moderados tienen tres ó cuatro leyes fundamentales, como vosotros: la Constitucion del 45, el acta adicional, la reforma de Bravo Murillo; tambien las invocan en las horas de sus grandes tribulaciones. Progresistas, escoged entre vuestra necesaria trasformacion democrática ó la muerte. La reaccion no os mata; os mata ¡oh dolor! el progreso. Abrazaos pronto, pronto, al ideal democrático, que como un filtro puede rejuveneceros y dar fé á vuestras almas, robustez á vuestro cuerpo, ó caed en la huesa *como corpo morto cade*.

En la hora de vuestra agonía, nosotros aun os podemos enseñar un ideal realizado, como la columna de fuego que nos alumbraba. Mirad, mirad. Al concluir la Edad Media, brillaba el iris del renacimiento en el cielo, y la idea de libertad latía en la conciencia del hombre. Dios conoció que una idea tan nueva necesitaba un suelo virgen para implantarse; que un elemento tan grande necesitaba, para extenderse y vivir, de una grandiosa naturaleza. Entónces el genio de Occidente, el genio espa-

ñol, abrió sus alas, cernióse en lo infinito, y arrancó á Dios el secreto de su nueva creacion, escondida como una perla entre las halgas del Océano. Aquel nuevo mundo, que irradiaba electricidad, fuego, vida; con sus horizontes inundados de luz, con sus montes coronados de nieve y fuego, con sus bosques ceñidos de eternas guirnaldas de flores, con sus rios caudalosos como mares y sus mares inmensos como cielos, debia ser el hermoso tabernáculo de la libertad.

¡Espectáculo magnífico, delante del cual es necesario doblar la rodilla para loar á Dios, como la dobla el marinero cuando ve levantarse centelleante el sol entre las espumosas ondas! En el mundo de la libertad, el hombre esculpe el derecho que Dios esculpió en su alma, el derecho natural, coetáneo con el espíritu humano, aunque tardamente realizado en la historia. El sufragio universal llama, congrega allí á todas las clases, fortifica la voluntad de los pueblos, convierte en mansas áurás los huracanes revolucionarios. La LIBERTAD es allí, como ha dicho un gran escritor, el derecho de obedecer sólo á la ley; y la IGUALDAD, el derecho de obedecer todos á una misma ley. El poder no queda en una sola mano que lo esgrima como una espada, no se reparte en una oligarquía, que lo explota como una mina; se extiende como el aire, como el cielo, sobre todos los ciudadanos. La nacionalidad no es el hogar exclusivo, el hogar de una sola fa-

milia, no; es el templo donde encuentran asilo todas las razas, refugio todos los desgraciados, y hermanos todos los hombres. La personalidad humana no necesita sacrificar ni su conciencia, ni su voluntad, ni su derecho en aras del Estado; ántes el Estado es como la vivienda segura del derecho. El pueblo por sí se gobierna, y gobierna grandes estados, y está en todas partes con la rapidez de su pensamiento y la fuerza de su brazo; y cruza de caminos de hierro el desierto, de poblaciones flotantes los rios, de canales los altos montes. Los ministros, los gobernantes, elegidos por todos, toman el poder como una carga y en provecho de todos lo convierten. Si elegidos por los pobres, tienen respeto á los ricos; y si elegidos por los ricos, tienen la sobriedad de los pobres. Así este pueblo mereció que Dios le cediera su rayo, como en señal de que él solo habia logrado ser en la historia el rey de la naturaleza. Pero bien pronto su idea sacudió el viejo mundo con su electricidad; porque su idea era universal, era humanitaria. Aquellos hombres poseian la llave del destino, tenian la fórmula del progreso, la democracia.

Resumamos este largo capítulo en corolarios fundamentales:

- 1.º El progreso es una verdad filosófica y una verdad histórica.
- 2.º El progreso es el camino constante del hombre hácia la libertad.

3.º El progreso tiene en cada edad una fórmula, que tiende á la libertad.

4.º La fórmula que sea más liberal, esa es la más progresiva.

5.º La fórmula más liberal en el siglo XIX, es la democracia.

crítica; más, escribiendo yo este folleto, dije en el  
encuentro, en cada una de sus páginas, en cada  
una de sus palabras, una contestación á sus críticas y  
una contestación, por lo menos, á la immodestia, victo-  
riosa, de algunos de sus lectores. Pero, aún recuerdo los días venturosos en que  
los primeros resplandores de la inspiración bajaban  
del cielo sobre tu frente. **IX.**  
cuando de tu lira temblaba como el corazón agitado  
por el primer amor, el corazón que se paraba en  
cada edad á la flor contraria, arrullada por las can-  
tas de la primavera. Aún recuerdo que tu musa te

La fórmula del progreso, no hay que dudarla, la fórmula del progreso es la democracia. Mis lectores me permitirán que les hable de mí por algunos brevísimos instantes. Un escritor, un poeta, entusiasta, jóven, ha escrito un magnífico artículo en las columnas de *La Iberia*, sobre mis lecciones del Ateneo. El poeta se llama Cárlos Rubio, y es de todos en España conocido por la dulzura de sus versos y la inspiración inagotable de su númen. El poeta es amigo mío, y como amigo mío, me ha elogiado de una manera que no merezco. Se dejó arrastrar del corazón, y el corazón es un criterio muy engañoso, porque cree bueno y grande y bello todo lo que ama. Pero el amigo de la infancia, si ha sido benévolo con mi persona, ha sido injusto con mis ideas. Yo le hubiera contestado largamente en las columnas del mismo periódico donde escribió su